

## Cita de las voces nuestras

OSCAR BUSTOS

*"Para mí el mundo era una mentira que en cuanto yo cerraba los ojos desaparecía".*

(Carlos Perozzo)

Tenía que ser de noche. Había una pieza y a partir de ella una carretera. Y ciclistas o jinetes entregados a la vida y a sus aventuras, así la mañana o el cansancio o el sueño nos tomara por sorpresa lejos, muy lejos de la pieza y de la noche misma, donde ni siquiera se había pensado en volver. Hoy queda una cicatriz y el peso de las ausencias.

Porque nada fue como soñaron. Todavía ayer, esperando un milagro sin contexto, yo guardaba algún retazo de esperanza pero no, no pasó nada. Hasta ahora no ha pasado nada. Nadie cumplió la cita, eso es todo. Ni usted, Ernesto, el de la idea; tampoco usted, Eduardo, el de la euforia. Ni yo mismo. Sólo estoy atisbando: hay una luz debilucha que lucha por no apagarse y me deja ver, desde éste montículo de pasto, un parque vacío con su cancha de baloncesto y una caseta de gaseosas; los aros metálicos de la cancha permiten un lento partido entre la luz y la noche, sin que la una logre fundirse en la otra, mientras llegue impetuoso el día y a todos nos saque corriendo.

Pero es el frío, cómplice de la noche, el que me agrede con su mal aliento, hace ovillarme y encender un cigarrillo; él es el elemento más extraño; él y su ejército de rumores de ciudad inentendibles: disparos lejanos, gritos rodando sobre asfalto, estrellándose ciego contra muros y postes del alumbrado eléctrico. No estaba citado y quiere tirarse la aventura, cuando aventura seguramente no habrá, y menos en espacio tan grande y noche friolentísima. Parque al

que tuvimos que agarrarnos apenas comprobamos la inestabilidad de nuestra pieza, los continuos trasteos de inquilinato donde más se mudaba la tristeza que los trastos.

- ¿No olvidaron los cuadros, y el San Martín y la escoba y la camándula?
- No, papá.

Hoy era el día, digo, la noche con su hora exacta: las doce. Hasta eso lo acordamos, ¿recuerdan? Fue a esta misma hora oscura metida en nuestra pieza, allá en la primera casa que ocupamos en el barrio que nos fue tan querido, tan patio para el juego. ¿Hará cuánto?, ¿quince años? No lo precisemos. En todo caso del lugar y la fecha sí me acuerdo. Y no me explico su falta de cuidado cuando sobretodo usted, Eduardo, propuso: escriban eso en un brazo a punta de tinta y agujazos. Usted a mí, yo a Ernesto, Ernesto en su brazo. Pasito, mano, pasito. Toda una noche en esa tarea dolorosa, pero bien placentera por lo de a quince años fecha. Bien optimistas los niños, y dispuestos a tomarnos la vida cuando grandes.

Durante muchas noches de esa infancia se daban para ellos ambientes únicos, utilizando todos el mero juguete del que disponíamos: la palabra. Haz torrentoso que rompía y reemplazaba la negrura miedosa de la pieza. Uno cualquiera que la tomara, empezara a contarnos alguna historia, y tas! . . . éramos espectadores. Nuestro esfuerzo era mínimo: transformar la trama de su voz en ágiles imágenes, dejarse resbalar sin resistencia por los laberintos entretejidos, disfrutando plenamente la aventura, sensaciones atrevidas a las que todos llegábamos.

¿Cuándo, en qué momento empezamos aquello? Después de alguna charla trivial, seguro. Pero no fue sino empezar. No necesitaron segundos intentos. A partir de ahí ninguna noche se quedó sin aventura. Tampoco se forzó a nadie a contar nada. Todo era tan natural, todo tan espontáneo, y se respetaban tanto —igual nos estimábamos—, que no había jerarquías ni nadie que montara a nadie. La aventura se daba libremente. Poblaba con sus fantasmas —nosotros mismos, centauros o ciclistas— cada noche y todo rincón de la pieza. Para ella no había armarios ni paredes ni puertas con fallebas, nada que nos la detuviera. Ella abarcaba todo espacio, hasta llegar al sueño.

De día la infancia común y corriente de los niños de barrios pobres: la escuela distrital en forma de eme mayúscula —eme de Mamá, eme de Moral, nos decían—; las peleas a la salida —“nos vemos a la salida”, ahí puño y mirada amenazantes—, donde más de una vez hubo puñal, sangre y policía. Por las tardes, cuando se podía, el alquiler de bicicletas; por ellas dejando el buso porque tarjeta de identidad no tenían, a \$5.00 la hora; y Kalimán a las cinco y media, pues esa no se la perdían, atentos ante la campanita de arranque que sonora brotaba del radio (usted, Eduardo, en lo más peligroso de nuestra aventura, recomendándonos paciencia, paciencia, igualito a Kalimán. Después lo nuestro nos fue más original y entonces el hombre increíble y su compañero Solín ya no nos tramaban, se quedaban chiquitos; ellos nunca estuvieron en el monte de Suba, por ejemplo). Y esa actividad diaria era sólo una chispita frente a su vitalidad nocturna. Porque las noches eran mejores.

El hecho de dejarnos —al lado de la de papá y mamá, en el apartamento del fondo de aovel inquilinato— una piecita sólo para los tres, fue de gran ayuda para nuestras vainas; pues no teníamos el grito monótono del padre y la suplicante llamada de la madre que en otras casas tuvieron, para pedirnos silencio y que durmieran.

Hoy a los padres ya el cansancio les ha cobrado su trabajo. Se han puesto chochos, a veces quietos y otras vencidos entre una nostalgia acogedora. Se me ocurre que ahora hacen lo que nosotros hicimos: desde sus butacas contemplan el filme de sus vidas, la aventura que ha sido toda su vida; se ríen solos a propósito de un nombre o de alguna picardía en que alguien arriesgara la vida. Me da miedo interrumpirlos. Es tan acogedora la cocina con ellos, a media luz. Pero el golpe del portón cuando salgo, les saca preguntas desviadoras y maternas: Mijo, ¿llevó papeles?, ¿se aseguró que quede bien la cerradura? ¡Mijo!, ¿por qué mejor no viene y se acuesta?. Ya es hora, no vaya a andar por ahí.

Allí en la piecita, semejante noche oscura para nosotros que las ideas veloces, invisibles y personales (¿personales?) que la atravesaban, debían tomar forma, luz, color, sonido y movimiento para tres, no había de otra. Sus infantiles posibilidades creadoras no podían quedarse encerradas en sí mismos. La noche estaba ahí, toda en nuestra pieza, y había que poblarla sin medida. Fue una necesidad suprema abrir la boca, dejar escapar un río en busca de la dicha, y ver la palabra cálida hecha imagen, inundando el arma-

rio, las paredes, la puerta afallebada incapaz de detenérsola, mejor. ¿Dónde estaría lo mágico? Eramos niños y no había nadie, hasta ese entonces, que nos enseñara a ser adultos —o no asimilaban bien tales lecciones—. Sólo sé que a la noche (esas noches, esas noches, esas noches), cuando todos dormían y el silencio y la negrura les eran amenazantes, hacíamos de nuestra niñez una pandillita paseadora, un recreo pleno en historias narradas, dándole vía libre a la palabra: carretera que los iba conduciendo a la dicha (tú y tus carreteras serpentinadas, nosotros sobre las bicicletas, Ernesto), al deseo frenético y hermoso de su continuidad, siempre conquistadores arrechos, de su constancia, muchachitos desprevenidos, su firme atrevimiento.

Era usted, Eduardo, quien más lejos nos llevaba. Apenas recuerdo sensaciones de fugas, intrigas a la vuelta de cada esquina y detrás de uno y mil árboles. Todo mediante su mirada y su palabra detalladoras. Y tenían peleas yendo como íbamos armados hasta los dientes, armas de palo no más, no impulsados por deseos destructivos, cuchillos de guadua no más, sino henchidos de bondad y compañía, siempre triunfantes. Peleas contra otro trío de hermanos, los Galvis o los Rojitas, que en tu historia no querían darnos paso —o acaso era que se cruzaban— en esa campaña de desnudez del mundo como era toda la emprendida desde la noche y aventura primeras. Te llamabas Efraín González y nosotros éramos tus compadres —así nos llamabas, ¿no?—. Yo no alcanzaba a comprender porqué uno tenía que llamarse de otro modo. Sin embargo me gustaba el nombre que me dabas enviándome a desarmar al Galvis grande o a soltar a la profe Mirta que, en tu voz, ellos tenían amarrada. Otra noche, otra aventura, ya no eran así los nombres. Fantochito era yo, y estoy seguro que nunca he llegado a hacer las travesuras en que me metías, Ernesto. Eso de raparle el revólver a un tomo y en las ciclas, después de atravesar decenas de obstáculos, correr los tres por una carretera para ir a enterrarlo a alguna parte; eso necesita mucho atrevimiento, qué va. ¿Gatico era usted o Eduardo?. Ya se me confunden, vean ustedes. (Tratarlos de usted, tutearlos. . . ¡Ah!, que la nostalgia venga como venga) Frente al parque yo cierro los ojos y ahí está la noche. La noche o la pieza, da lo mismo, la aventura. Sólo que aquí está haciendo mucho frío e irá siendo la una, y también la definitiva certidumbre de que ustedes ya no llegarán, digo, ya no llegaremos. No obstante, y en medio de la febrilidad de mi cabeza, gozo el quinto cigarrillo cuando al parque ha llegado una pareja e inmediatamente han empezado a besarse, a reír, a jugar a las escondidas ahí tras la caseta,



Cuando a usted, Ernesto, bajando veloz las curvas antes de llegar a Suba, cargando el sueño trabajado de ganarse la Vuelta de la Juventud aquel año, lo mató una volqueta loca, y la cicla apareció sana y salva en el zaguán del décimo-primer inquilinato que ocupábamos (debió ser algún amigo oculto que la trajo). Y luego, en una fecha más cercana, después de haber pagado el servicio militar se casó usted, Eduardo, y hoy paga arriendo y se queja de una esposa que no le colabora. Y me dijiste que has pensado seriamente en cortarte el brazo porque tienes que esconderlo temiendo las preguntas de tus compañeros de trabajo, y además no soportas la condena de usar camisas de manga larga con el solo motivo de ocultar la cicatriz. Cuando eso, perdí toda esperanza de que cumplieran la cita satisfechos —porque satisfechos había que cumplirla, ¿no es cierto?—, de que fuéramos siquiera. Ni recorriendo los sitios por los que pasaron, o visitando las piezas que ocupamos, ni siquiera escuchando cómo se cambiaban los nombres un grupito de chinos allí en el barrio, uno llamándose Chamizo, otro Bateman (aunque es Pedro, el hijo de la dueña de casa), todos jugando a matarse y quedar heridos y salir de la cárcel y rescatar al otro. Ni aun así he recuperado mi esperanza, cuando de verdad la tuve vivita como pájaro entre el pecho. Por eso estoy echado al mar de las esperanzas casuales en la calle y en los parques. Pero ni mierda, eme de mierda y eme de PM. Entonces el acabóse. Claro, ni palabra. Desde luego que otro cigarrillo fumado entre el sueño que me está venciendo. A mí me pagan porque madrugue a entrenar un equipo de baloncesto. Pero no es lo mismo Ernesto, por tu memoria que no es lo mismo. Si he estado a punto de darle duro a ese aro, a su ojo hueco.